

dos, no se necesitaba manchar su nombre.—Usted, General, me ha dicho otra vez por escrito, que no había hablado porque nadie le preguntaba; yo en esta vez, á nombre de la verdad, pregunto á vd. y le suplico por mi honor y el de vd., que hable.—En espera de su contestación, quedo de vd. S. S. A. S.—Miguel López.”

Sabiendo, pues, que Maximiliano no llegó á escribir manifiesto alguno, ó á decir al público que el coronel Miguel López (1) lo hubiere traicionado, que por causa de esa traición había sucumbido la plaza de Querétaro, y protestara por lo mismo contra semejante villanía, sabemos también que este último, el coronel López, afirmó con insistencia, desde entonces hasta su muerte, que obró en todo por orden de su Soberano, que no lo traicionó, y que desafia á sus acusadores á que le prueben lo contrario.

La cuestión está, pues, en saber cuál es la verdad en este caso, según las pruebas que sobre el particular existen; y conforme al método que nos hemos impuesto, debemos consignar éstos en cuadro especial: ello será materia de la parte que sigue.

(1) Hago excepción del contenido de una carta que Maximiliano escribió al Conde de Bombelles, y de las afirmaciones de los Ministros Barón de Lago y Mr. Hoorricks, que analizaré en su oportunidad; lo mismo que de la hecha por el príncipe de Salm Salm.



CUARTA PARTE.

EXPOSICION Y ANALISIS DE LAS PRUEBAS.

IV.

TESTIMONIO DEL GENERAL DON MARIANO ESCOBEDO.

LA primera y gran prueba que debe aducirse en la cuestión histórica de que se trata, es el testimonio del general don Mariano Escobedo. Esta justificación bastaría por sí sola para decidir el punto que se debate, si no hubiera otra multitud que igualmente lo resuelven.

El testimonio del general Escobedo, está consignado, según las fechas y por el orden en que lo produjo, en sus revelaciones sobre la toma de Querétaro, que hizo en una conferencia que tuvo ad hoc con don Angel Pola; y en el Informe que, con fecha 8 de Julio de 1887, y como resultado de la carta que le escribió el coronel López el 29 de Abril del mismo año, inserta en la parte que antecede, dirigió al ciudadano Presidente de la República.

En el mismo orden, vamos nosotros ahora á exponer aquí, las declaraciones de ese alto militar.

El historiador Pola, narra así las revelaciones del general Escobedo (1): “Anochecía; un ejército de estrellas venía por

(1) Insertas en su obra “Los Traidores pintados por sí mismos,” pags. 104 á 120.

Occidente, precediendo á la diosa de la quietud; la conversación recayó sobre la toma de Querétaro. Instado por mis preguntas [habla Pola], el meritísimo soldado de la República, con tono grave y autorizado me reveló la verdad sobre este enigma.

—Señor general, ¿hubo alguien que le ofreciese la plaza?

—El 10 de Mayo, un sargento Engle mandó pedirme permiso por conducto de una mujer, para hablarme en Calleja. En la noche se desprendió del punto intermedio entre San Francisco y la Cruz, y ofreció entregarme el punso indicado, sin más condición que darle lo necesario para volver á su país. Le ofrecí lo que deseaba á condición de que volviese á su punto, hasta entretanto se dispusiera lo conveniente.

—¿Fue esa, señor general, la única proposición que usted recibió?

—El día 12 recibí de San Francisco proposiciones del jefe del punto, sargento Miguel Colich, para pasarse, sin más condición que garantizarle la vida. Contesté accediendo á lo que deseaba y diciéndole que esperara. Cualquiera de los puntos indicados habría sido bastante para ocupar á Querétaro, dejando aisladas la Cruz y las Campanas; pero pesaba en mi ánimo el ocupar por asalto la ciudad, porque si yo tenía diez mil hombres perfectamente armados, organizados y disciplinados, capaces de todo, quince mil habían estado presentándose en pequeñas fracciones, que ni su organización ni su disciplina daban bastantes garantías para que, al tomar una plaza por asalto como la de Querétaro, no quedara la población reducida á la más absoluta destrucción. Esto me hacía esperar que el enemigo ó intentara abrirse paso por la condición á que había llegado, ó se rindiera, y en ambos casos habría salvado á una ciudad de males terribles que pesarían exclusivamente sobre el general en jefe.

—¿Y la entrevista que tuvo con usted Miguel López?

—El día 14 se había recibido aviso de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio, y recorriendo yo la línea de Oriente de la plaza, un ayudante del coronel Julio Cervantes, daba parte de que un jefe de la plaza deseaba hablarme. Lo recibí en la casa del señor Cervantes, siendo el que deseaba hablarme el coronel don Miguel López, quien me manifestó que el Emperador, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado la corona y que ofrecía, bajo su palabra de honor, no volver al país por ningún motivo; que esperaba le permitiera salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de la Emperatriz hasta las inmediaciones de Tuxpan, donde se embarcaría.—Por toda contes-

tación signifiqué á López que las órdenes de mi Gobierno eran ó rendidos sin condición ó batidos. Continué instándome sobre la conveniencia de que no se obligara á la guarnición á romper el sitio y salir, porque esto haría que se propagara la guerra en todo el país de una manera indefinida, y que en nombre de la paz y por el Archiduque, por quien cualquier sacrificio que hiciera lo consideraría pequeño, esperaba obrara con alguna magnanimidad sin obligarlos á salir de la plaza por un ataque brusco, que quizá costaría mucha sangre. En contestación signifiqué á López que ya conocía de lo que eran capaces mis fuerzas; que deseaba la salida porque esto haría que nuestro triunfo fuera completo y sin que sufriese la población; que carecían en la plaza de toda clase de elementos; que la desmoralización era absoluta y que podrían traerle, si deseaba, al coronel Paz y Puente y teniente coronel Ontiveros, que acababan de pasarse.

Con esto quedó terminada nuestra conferencia, en la que, volviendo á instar López hiciera cuanto me fuera posible para darle garantías al Archiduque, que no me pesaría; con algún disgusto le signifiqué que suspendiera de hablarme y me dijera qué lo autorizaba para venir á tomar el nombre del Archiduque, como su comisionado secreto. A esto me contestó que no traía más que la copia de su despacho y una carta, que me presentó, y en la que le hablaba el Archiduque como á persona de su mayor confianza. Pasado esto, hice que lo volvieran á su línea con las formalidades de estilo.

—Señor general, ¿le pidió algo más el coronel López?

—Ni ascensos, ni garantías, ni dinero. Todo lo que me pidió era para el Emperador, y sólo para el Emperador.

—¿Cómo, pues, se dice que entregó la plaza, que traicionó á Maximiliano?

—Tuve la creencia de que López hubiera salido á hablar con migo por autorización del Archiduque, y ésta se corroboró cuando el 17 de Mayo, hablando con migo el Archiduque, en mi tienda de campaña la Purísima, al significarle que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, y entre éstas el coronel López, y que si no les había dado permiso, era porque esperaba preguntarle si deseaba recibirlos, me contestó que no tenía inconveniente en recibir á algunas personas, suplicándome permitiera al coronel López que le viera. Signifiqué que muy especialmente me refería á López, á quien no sabía si quería recibir por algunas versiones que había en la plaza respecto de lealtad á su persona. Me contestó sólo: *A mí el Coronel López no me ha faltado.* Y las mismas palabras

que López me dijo la noche del 14, me las repitió el Emperador en el cerro de las Campanas.

—¿Es cierto, general, que tuvo usted amistad con Mejía?

—Es exacto, pues aunque pertenecíamos á varios partidos, el año de 60, dos veces derroté á las fuerzas del general Mejía, haciéndole un fuerte número de prisioneros, que puse en libertad, sin condición ninguna. En un combate fuí derrotado y hecho prisionero por el antes dicho general; y no obstante el empeño que tenían Márquez y otros jefes en que se me fusilara, Mejía y los serranos se opusieron hasta salvarme. Por esto más tarde, en los dos sitios que puse á Matamoros, antes de principiar mis operaciones, intimaba la rendición de la plaza y salía Mejía á hablar con migo y no pudiendo nunca estar de acuerdo, nos separábamos, abrazándonos para batirnos. En Querétaro, tanto al Archiduque como al general Castillo y demás jefes, los traté con caballerosidad, y de una manera especial, y estuve dispuesto á hacer cuanto fuera posible en su obsequio. El 17 de Mayo, una persona de mi familia, pasó á hablar con el general Mejía, á ofrecerle cuanto pudiera necesitar. Mejía contestó que de pronto nada necesitaba y que correría la misma suerte del Emperador. El 18 fuí personalmente á hacerle una visita y le signifiqué mi deseo para que fuera á San Luis á presentarse al Gobierno, con la seguridad de que sería tratado de la manera mas caballerosa. Por toda contestación me dijo:

—El Emperador, ¿qué suerte correrá?

—Espero de un momento á otros órdenes del Gobierno—le contesté;—y creo que estas no serán benignas para los jefes superiores.

—Estoy resuelto á seguir la suerte del Emperador.

—Quizá en este momento, por telégrafo, se me den órdenes que, por severas que sean, tengo que cumplirlas. Como hasta ahora no las recibo, obraré como crea conveniente. Estoy en disposición de salvar á usted sin condición ninguna; pero usted no debe ponérmelas á mí.

Me paré, hizo otro tanto el general Mejía, y me estrechó la mano entre las suyas.

—Debo—me dijo—atenciones y confianza al Emperador, y correré su suerte (1).”

(1) Anota aquí el historiador Pola, así: “Caída la plaza de Querétaro en poder del ejército republicano, el general Escobedo habló de la memorable jornada con don Benito Juárez, á su paso por esta ciudad, y en presencia de don Sebastián Lerdo de Tejada y de don

Toca ahora hacer constar aquí que las revelaciones que anteceden, están confirmadas por el mismo general Escobedo, en la carta siguiente que publica el historiador Pola, en su citada obra (1): “Hacienda de la Laguna, Chamacuero, Estado de Guanajuato, Mayo 8 de 1887.—Sr. D. Filomeno Mata.—México.—Muy apreciable amigo y señor mío: El Sr. Pola, redactor del Diario del Hogar, enviado por vd. me ha entregado su siempre grata de fecha 6 del corriente; obsequiando sus deseos, le he ministrado algunos datos que trasmitirá á vd., esperando sean conformes con las indicaciones que me hace, previo el poco tiempo que ha estado en ésta su recomendación; y sabe vd. que puede disponer, cuando y como guste, de quien tiene voluntad para servirlo en cuanto á él sea posible. —Sin más por ahora desea buena salud, quien con distinción lo aprecia y es afectísimo servidor.—Mariano Escobedo.”

En cuanto al Informe, su tenor literal es como sigue:—“Informe al Supremo Gobierno sobre la ocupación de Querétaro.—República Mexicana.—General de división retirado.—Señor Presidente: Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido á removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por

(1) Pág. 87.

José M. Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo á las últimas operaciones militares. Don Benito nada pretendió que se le revelase.

—Pero hay otro secreto—prosiguió Escobedo—que sí me pertenece, porque es mío. y puedo comunicar á usted.

—Véamos.

—Yo quise salvar á Mejía: le ofrecí la vida, porque le debía atenciones y grandes favores.

—¿Y qué contestó?

—Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano; y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio. Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

¡Era indio y era leal!

No le insistí más, continuó Escobedo—porque en su lugar yo hubiera hecho lo mismo.”

Conque poniendo ahora en comparación la conducta observada por Mejía y Maximiliano en las mismas circunstancias: el primero desechando la salvación que le ofreció el general su enemigo, prefiriendo correr la suerte de su Emperador por no serle infiel y por el honor de morir con él; y el segundo fraguando una fuga para sí sólo y sin conocimiento de sus generales, ocurre preguntar: ¿cuál es el elogio á que se hizo acreedor el general Mejía, por su noble proceder y que equivalga á tamaña abnegación; y cuál el reproche que ha merecido el Archiduque por semejante deslealtad?

el señor Víctor Darán, y cuya publicación tiene por título: El General Miguel Miramón. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas, se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la narración á que me contraigo escrita bajo un color enteramente inexacto, y sobre todo, en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma ocupación, dió lugar á que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa á aquellos sucesos.

La prensa reaccionaria de México toma del libro mencionado lo que más puede afectar á la historia de nuestra lucha contra el llamado Imperio. Se esfuerza, con una obstinación vehemente y del todo extraña hoy, á que divulgue la parte secreta de aquel desenlace, y que se relaciona con la supuesta traición de López y la toma de la plaza de Querétaro, pretendiendo que á efecto de la intervención directa que este jefe imperialista tomara en ello, traicionando á su Soberano y vendiendo á peso de oro su consigna, la plaza cayera en poder del ejército mexicano.

Consideraciones personales posteriores á aquella ocupación, y las cuales voy á revelar, han hecho que guarde un profundo silencio sobre aquellos acontecimientos. Al ofrecer entonces callar, sabía perfectamente que con mi conducta no sufriría el prestigio y lustre de la patria; ni tampoco el honor del ejército que estuvo á mis órdenes en aquella gloriosa época, ni mucho menos la causa por la que combatiera. La cuestión se reducía únicamente á dos personalidades: la mía que yo conscientemente juzgara de poca importancia, después de despojarme de la alta investidura militar, á que me habían llevado las circunstancias especiales del país, después de realizado el triunfo de la República sobre sus más encarnizados enemigos, y la del coronel imperialista Miguel López, intermediario, en efecto, entre el Archiduque y yo, en la conferencia tenida para la solución de un problema en que se interesaba el porvenir de México, el prestigio de un Príncipe extranjero, y mi particular honor como soldado y como mexicano, único título de cuya adquisición me siento orgulloso.

Pienso hoy que estuve engañado respecto de mi persona, porque la calumnia, la envidia ó el rencor de la facción vencida, se ensañan contra mí, no obstante ocultar mi humilde nombre en un debido y conveniente aislamiento.

Duro es para mí tener que recurrir al pasado para dar satisfacción á la curiosidad de muchos, y tal vez á la mala fé de algunos.

Descorro á mi pesar el velo que oculta sucesos de importancia desconocidos del país, y que por lo mismo han sido mal juzgados. Tal vez sirvan mis revelaciones para poner con ellos un infranqueable valladar á la desvergüenza y osadía de los que, teniendo por qué callar, pretenden mancillar mi honor sin comprender que, al iniciarlo, tienen que sufrir ó la desilusión más completa ó el desengaño por una concepción antipatriótica y bastarda.

Por espacio de veinte años se me ha puesto como blanco á la calumnia; las épocas se han sucedido en que mi nombre ha sido insultado y puesto en duda la parte que por derecho, y sólo como mexicano, me corresponde en el triunfo de la patria.

Multitud de extranjeros de todas nacionalidades, presintiendo que algo oculto tenía el funesto fin de Maximiliano, han venido con insistencia á inquirir de mí la verdad, y hasta ahora nada había dejado traslucir del ofrecimiento hecho por un soldado victorioso á un príncipe sentenciado á muerte.

Pero hoy que uno de mis compañeros de armas asienta hechos que en su calidad de jefe subalterno no le era posible conocer (1); hoy que se tolera la expresión de la duda en la cuestión militar en Querétaro, adornándola con injurias y versiones deshonorosas; hoy que se me obliga á revelar la confidencia tenida con López, comisionado en jefe del Archiduque, lo hago, no por ceder al encono de los periódicos reaccionarios ni al de los inquisidores de un hecho que presumen será vergonzoso al partido republicano, sino para satisfacción mía, depositando ese secreto con predilección en poder del Supre-

(1) El historiador Pola pone aquí esta anotación: "Se refiere al general Francisco O. Arce, que publicó una carta sobre los sucesos de Querétaro, la cual fué rectificada inmediata y rudamente por El Combate, cuyo director era el general Sóstenes Rocha y entre cuyo selecto cuerpo de redacción, entre otras simpáticas personalidades, contábase el general Refugio I. González.— Hé aquí la rectificación que hizo El Combate, al ser publicada dicha carta: "Nosotros sabemos por nuestro Director político, testigo presencial de aquel sitio, en donde tuvo á su mando la primera división del ejército del Norte, que el señor Arce poco ha de haber visto de aquellos episodios, puesto que casi todo el sitio estuvo enfermo....."

Inserta en seguida la carta del general Arce, en que este militar se atribuye á sí mismo, el principal papel en la ocupación de la Cruz, pues según el sólo afirma, fué el que hizo todo en esa jornada. Terminada la inserción de la carta, concluye así Pola: "Los jefes

mo Gobierno de la República, á fin de que se conserve en los archivos de la Nación, este documento histórico, que pueda robustecer la fé de nuestros ideales políticos, cuando algún día, en las severas páginas de la historia de nuestra patria, quede consignada con toda imparcialidad la gigantesca lucha que sostuviera México contra la Francia, contra el Imperio que ella importara con sus bayonetas, y contra los desgraciados que olvidaran sus deberes para servir primero de guías al invasor y después de elemento espurio para el sostenimiento de una intrusa monarquía.

El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

Las circunstancias por que atravesaba nuestra patria desde 1862 á 1867, vinieron á colocarme en la elevada posición de general en jefe del Cuerpo de Ejército del Norte, y después, sin quererlo, sin pretenderlo y todavía más, renunciándolo, como general en jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro. En esa capital, como es sabido, se encontraban los principales elementos de guerra del llamado Imperio Mexicano, con los mejores generales y jefes imperialistas, valerosos y de conocimientos militares. Allí estaban Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Arellano y otros más de conocido prestigio.

Entramos en lucha con ellos. Por alguna vez, y aisladamente, les fué propicia la victoria, pero de efímeros resultados, porque en seguida aquella se tornaba en desastre, forzados á volver á sus parapetos con menos moral de la que les alentara para llevar á cabo sus impetuosas salidas y caer sobre un puesto de la línea de sitio. Siempre á los triunfos de los imperialistas arrancados á determinadas tropas de las que sitiaban á Querétaro, venía en seguida la derrota; de tal suerte

á quienes menciona Escobedo en su Informe, no solo niegan rotundamente *todo el contenido de esta carta*, sino que afirman que el general Arce *no tomó ninguna participación* en el asalto y la toma de la Cruz,—Por otra parte, es muy raro que no haya una sola obra, de entre las muchas que tratan de tal jornada, que se ocupe, aunque sea de paso, en el importante papel que dice desempeñó dicho militar; ¡pero ni su nombre mencionan!

Si, pues, todo lo que refiere el contenido de esa carta es inexacto, si su autor no tuvo en la ocupación de la Cruz, el papel principalísimo que se atribuye, esa carta no debe entonces tenerse en consideración en el estudio de esa cuestión histórica; y por eso la omito yo.

que, después de la operación ofensiva contra los sitiadores el 27 de Abril de 1867 sobre las colinas del Cimatarío, en que fueron á la vez vencedores y vencidos los soldados del Archiduque, sus posteriores ataques y empeños fueron mas flojos y sin ningún éxito, porque aquellas tropas ya no resistían al fuego del adversario.

La suerte de los sitiados estaba ya definida, no tenían más recurso que rendirse á discreción ó resolverse á rechazar un asalto sin ninguna probabilidad de lograrlo, que yo había querido y deseaba evitar á todo trance; porque era mi sentir que no debía exponer á la población al rigor y á las desastrosas consecuencias de una ocupación llevada á fuego y sangre, y con los excesos consiguientes á una tropa victoriosa y ávida de venganzas.

El ejército del Príncipe alemán encerrado en Querétaro, carecía de víveres; las municiones de guerra eran de mala calidad, y lo más lamentable para él, ya no tenían sus tropas esa cohesión que da la moral y la disciplina militares.

Después del 27 de Abril, ya mencionado, todas las noches que precedieron á la toma de la plaza, bandas de desertores de la clase de tropa, y algunos jefes y oficiales, se presentaban á nuestras obras de aproche, solicitando, antes que clemencia y consideración, alimento para restablecer sus decaídas fuerzas vitales. Por estos infelices, por las solicitudes que los soldados extranjeros, enganchados en aquellas fuerzas, me enviaban, pidiendo garantías y ofreciendo los puestos que guarnecían, los cuales en verdad no eran de gran importancia, y por las noticias de los agentes que tenía en la plaza, conocía perfectamente el estado de desmoralización y anarquía en que se encontraban los defensores de la monarquía en Querétaro.

Si antes de que hubiera salido Márquez de aquella plaza para México, ya había surgido la división y recelosa conducta entre los principales jefes imperialistas, después que practicó su movimiento con la caballería del Archiduque, la unidad de mando quedó proscrita entre los sitiados. Precursora del desastre esta falta á los preceptos más importantes de la ciencia de la guerra, vinieron á acibarar aquella situación la miseria, la extenuación de las tropas por tantas fatigas, el desaliento consiguiente, después que sus valerosos esfuerzos no tenían más resultados que sangrientos reveses, y sobre todo, como lo he expresado, la ninguna buena inteligencia que había ya entre los jefes que mandaban puestos, con los generales, comandantes de brigadas ó divisiones, y la poca confianza que éstos tenían en la energía del Archiduque, y éste para con aquellos.

Todo me indicaba, y con justicia, el próximo y violento fin de aquella situación tan tirante. Ella me hacía poner en constante actividad, redoblando más y más la vigilancia en la línea de sitio para hacer de todo punto imposible la comunicación con los sitiados por la parte de afuera y viceversa.

Estas disposiciones tenían el doble objeto de aislarlos completamente para hacer más violenta su condición, y también para que no recibieran noticias de la derrota de Márquez, porque presumía, y con fundamento, que al verse sin esperanza del importante auxilio que aquel debía proporcionarles, auxilio con tantas angustias y con tanto anhelo esperado, la desesperación que causara ese desastre les hubiera sugerido la firme resolución de hacer un esfuerzo para romper el sitio, lo que me habría contrariado en extremo, porque entonces no tenían las tropas de mi mando la dotación de municiones de infantería en cartuchera para sostener media hora de fuego, y la artillería no contaba en sus cofres más que seis ó siete tiros por pieza.

El violento estado en que me hallaba, sobre todo en los últimos días del sitio, por la falta de municiones, varió después de derrotado Márquez en San Lorenzo por el Cuerpo de Ejército de Oriente, á cuya acción de guerra concurren activamente los cinco mil caballos que, á las órdenes del general Amado Guadarrama, desprendí en observación de los movimientos de Márquez. Esta caballería regresó á su campamento de Querétaro, hasta después que se abrigaron en la capital de la República los restos de las tropas imperialistas que pudieron salvarse de aquella derrota.

Además, el teniente coronel Agustín Lozano, á quien había enviado con misión especial cerca del general Díaz, en jefe del Ejército de Oriente, ya mencionado, volvía al cuartel general del ejército de operaciones, conduciendo doscientas cargas de municiones de infantería, que aquel general remitía, y las cuales fueron distribuidas inmediatamente.

Con la plena confianza en el valor de las tropas que eran á mis órdenes, acechaba con ansiedad la salida del enemigo, de que ya tenía conocimiento se preparaba á emprender, para resolver en una batalla campal la suerte de los dos ejércitos, el republicano y el imperialista.

Tenía seguridad en el resultado; porque en época anterior á las operaciones en Querétaro, y cuando los imperialistas estaban en toda su moral y altivez, habían sido batidos siempre por los soldados que inmediatamente eran á mis órdenes, con menos efectivo y con menos elementos de guerra que los

otros, en combates de importancia, que determinaron la condición en que se encontraba en la plaza el archiduque Maximiliano.

Después del 12 de Mayo, en que llegaron al parque general las municiones de que he hecho mérito, sólo dos empeños de alguna consideración hubo entre los sitiados y sitiadores, pero de consecuencias desastrosas para los primeros.

El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche, un ayudante del coronel Julio M. Cervantes vino á comunicarme de orden de su jefe, que un individuo precedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo: en el acto me dirigí al punto indicado, en donde me presentó el coronel Cervantes al coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Este me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardido de que se valía para hacer más interesantes las noticias que tal vez iba á comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados: sin embargo, accedí á hablar reservadamente con el coronel imperialista Miguel López, apartándose á distancia el coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente López me comunicó que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedérsela, me significara de su parte que, deseando ya evitar á todo trance que se continuara, por su causa, derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un escuadrón del Regimiento de la Emperatriz hasta Tuxpan ó Veracruz, en cuyos puntos debía esperarle un buque que lo llevaría á Europa, asegurándome que en México al emprender su marcha á Querétaro, había depositado, en poder de su primer Ministro su abdicación.

Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fé, me manifestó el coronel López que su Soberano comprometía, para entonces y para siempre, su palabra de honor de que, al salir del país, no volvería á pisar el territorio mexicano; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido á obsequiarlas.

Mi contestación á López fué precisa y decisiva, concretándome á manifestarle que pusiera en conocimiento del Archi-